

D20

S4

1877



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL.



La Historia es la única ciencia que satisface completamente la inmensa necesidad de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno que la humanidad siente mas imperiosamente á medida que mas adelanta en su camino. Nuevos nosotros en este mundo y sucesores de aquellos que, conociéndolo apenas, lo abandonaron; anillos temporales de la cadena, en la cual, á pesar de la destruccion de los individuos, se perpetúa la especie; en poco superiores á los brutos, y acaso mas desgraciados que ellos; guiados por el instinto del placer ó el imperio de la necesidad, nos pareceríamos al niño nacido á media noche, que al ver salir el sol, lo creyera acabado de crear en aquel momento.

Nos acostumbran á la vida y nos anticipan las preciosas lecciones de la experiencia, el estudio de los hombres y el de los libros, real é inmediato el uno, mas extenso en variedad y duracion el otro. La Historia, que en los libros atesora los estudios hechos acerca del hombre, combina perfectamente estas dos lecciones y forma la mejor transicion de la teoría á la práctica, de la escuela á la sociedad.

La Historia mitiga el cobarde egoismo, gan-

grena de la sociedad moderna, é impulsa al hombre una generosidad activa y consoladora. Indudablemente su importancia seria grande, cuando pasiones combatidas ó dolores profundos nos hacen considerar al hombre puramente como individuo; ¡qué disgusto no nos debe inspirar esa raza humana, loca ó perversa, orgullosa de espíritu ó flaca de voluntad, que perdida en un laberinto, cuya entrada no conoce, y segura de no encontrar la salida; impulsada por la violencia, ó rodeada del fraude, entre ciegos impulsos y amargas decepciones, lleva en pos de sí dolores y esperanzas por el breve tiempo que la desventura la disputa á la muerte! Disgustado el hombre de la alternativa de hostilidades encubiertas, de beneficios calculados, de caricias insidiosas, de insultante compasion; aturdido por el constante choque de frívolos intereses, entre la servil avaricia de algunos y la débil negligencia de los mas, entre viejos que rechazan hastiados todo progreso y jóvenes que lo destruyen por acelerados, debe considerar al mundo como dirigido por los caprichos del acaso, ó como miserable juguete de un poder envidioso, que se complace en ver

sucumbir los mayores esfuerzos bajo los golpes de la vileza orgullosa ó astuta. Entonces temeroso ó desesperado adopta como ley el gozar de la hora fugitiva, y dice: «*Cojamos las rosas antes que se marchiten; gocemos hoy, que mañana moriremos.*»

Pero cuando la Historia, inmortal conciudadana de todas las naciones, abraza con una mirada toda la humanidad, el espectáculo de la inmensa duracion modifica la idea de nuestra breve existencia; la melancólica ira del que se siente solo da lugar al consuelo de hallarnos unidos fraternalmente con toda la familia humana, para completar la regeneracion del individuo y de la especie; y entre las desarregladas voluntades del hombre y la combinacion de accidentes, que solemos llamar fortuna, distinguimos una mano superior que guia los esfuerzos individuales á la conquista de la verdad y de la virtud, que hace que la víctima de la violencia se trueque en maestra de sus perseguidores, y convierte en bienhechor de la humanidad al que ha sido su azote.

Desde que el hombre conviene con la tradicion universal en que el mejor medio de verificar el perfeccionamiento es la mayor libertad religiosa en armonía con el orden y con la equidad, encuentra reproducida en sí mismo la serie de sentimientos que por largos siglos se han desarrollado en toda la humanidad; ve renovada en los poderes individuales la lucha de los poderes políticos, y observa que cada hombre, lo mismo que cada nacion, se perfecciona con rapidez proporcionada al breve tiempo que vive sobre la tierra. ¡Y cuán útil no es la Historia para lograr la armonía de la razon con la inteligencia y la imaginacion; armonía en la cual estriba tanta parte de la felicidad! Llenando el vacío desconsolador de afectos reales, da noble objeto en que se ocupen el amor y la admiracion, que ignorados ó mal comprendidos, acasionan tantos tormentos. La activa fuerza que derrumba imperios y destruye instituciones en apariencias eternas, ofrece un consuelo al hombre cuando en el trascurso de su vida, una esperanza frustra otra esperanza, un deseo otro deseo; cuando los afectos se oponen mútua resistencia, y cuando las mas brillantes ilusiones, se disipan como los ensueños de una noche. Damos treguas en-

tonces á débiles lamentos, tan injustos muchas veces como los del insecto que maldijera la lluvia que da vida á la hoja que le alimenta; y el dolor comun renueva y consolida en nuestra alma el sentimiento de la fraternidad. Estudiando la Historia, el corazón del débil se fortifica con la certeza de que por ténues que parezcan sus esfuerzos, cooperarán al triunfo universal. Mengua para el hombre que se arrastra bajamente en pos de la muchedumbre, y para el escritor que consume su ingenio en inútiles tareas, en imbecilidades corruptoras, entre mezquinas contiendas y victorias innobles, haciéndose cómplice de los fuertes ó de los perversos, en la obra de envilecer al público. Los grandes escuchan su voz, como el triunfador la del esclavo colocado en su carroza para recordarle que era mortal. El infame que ha vendido á sus hermanos tal vez logre ahogar por la fuerza las imprecaciones de sus contemporáneos; pero lee su porvenir en las alabanzas que Plutarco prodiga á la virtud, y en la infamia que Tácito imprime sobre el vicio. Eternice un tirano su orgullo con pirámides; la Historia escribirá mas indeleblemente que sobre granito, cuántas lágrimas costaron á un pueblo oprimido, y enseñará al justo encadenado las coronas tardías, pero seguras é inmarcesibles que á la virtud tiene reservadas.

¡Cuánto no se ha aumentado la importancia de la Historia con las aplicaciones que de ella se han hecho á todas las ciencias, en una época en que se profesa el principio de no otorgar crédito mas que á los hechos, y en la cual se recurre solo á ellos para la solucion de todos los problemas! Allí aprende la literatura á conocerse á sí misma, en su origen y en sus adelantos, acostumbrándose á no mirar nada con desden ni con idolatría; y la filosofía, para hallar las propiedades absolutas del sér, recoge las manifestaciones históricas, no aprobando ya las elucubraciones solitarias que dividen en la mente las cosas unidas en la naturaleza. La Historia, aun en lo mas útil, nunca separa la razon del ejemplo; no reniega de los hechos, como lo hacen ciertos teóricos, ni se adhiere demasiado á ellos como ciertos empíricos; no rechaza con los Epicúreos la justicia mientras observa los intereses, ni niega con los Platónicos que sea necesario el aguijon de la necesidad para los

adelantos y descubrimientos. La Política (y comprendo bajo este nombre las ciencias de la legislacion, de la administracion y de la jurisprudencia) aprende en la historia el carácter de un pueblo, sus costumbres y su grado de civilizacion, para apreciar con mas acierto los elementos sociales, clasificarlos en el lugar que les corresponde, y hacerlos vivir en la sociedad, de la misma manera que se produjeron y vivieron en la Historia. La Economía política que investiga las leyes de la produccion, de la distribucion y del consumo de lo que sirve para el bienestar de los pueblos, no puede sacar sino de los hechos recogidos por la Historia, la teoría matemática de la sociedad civil, la totalidad relativa de las mútuas relaciones individuales, y el equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas; porque en muchas cosas somos cuales nos hicieron nuestros abuelos. La razon de lo presente está en un pasado, que no pueden cambiar una batalla, un decreto, ni una revolucion; y quien de él prescindiera, solo podrá fundar constituciones inaplicables como la de Rousseau para Polonia ó la de Locke para la Carolina.

Cuando el historiador, conociéndose llamado intérprete de los hechos, narra á sus contemporáneos con dignidad sencilla y respetuosa las glorias, los infortunios, los crímenes y las virtudes de los antepasados, siguiendo entre los contrastes de la ignorancia, de la vanidad, del fanatismo, de la tiranía, los progresos de la civilizacion, con celo, con la ingenuidad propia de la razon, tan ajena del insulto del impío, como de la credulidad del supersticioso; atreviéndose á desagradar á los vivos y arrostar la indiferencia ó las pasiones contemporáneas, sin profesar nunca la mentira útil, ni omitir la verdad que proporciona amigos tibios y adversarios impetuosos; cuando de este modo, repito, contemplamos el espectáculo de la humanidad, ¡qué de goces sublimes y de instruccion social no se abren á nuestra vista! Y ¿cómo no ha de cobrar fuerza y vigor la literatura, que tal vez se ha creído debilitada por haberse mostrado con demasiada frecuencia frívola, locuaz y rencorosa, cuando su intencion se dirija á conmover y á inflamar el pensamiento, á corregir y emancipar la voluntad? Cuando el historiador, penetrado de íntima conviccion y de profunda sim-

patía hácia la clase más numerosa y más descuidada comunique á la idea y á la palabra ese poder que atrae la atencion de las gentes, se desterrará la triste costumbre de hojear las páginas sin meditarlas, de buscar lo brillante y lo agradable con preferencia á lo que es bueno y útil, y desaparecerá esa nulidad mental que acepta sin exámen, crítica ó elogio segun ha oido criticar ó elogiar, y tiene aversion á todo trabajo y repugnancia á todo lo que lleva el sello de la verdad y de la franqueza. Justo es, por tanto, que el oficio de historiador se haya atraído aquella veneracion y revestido de aquella santidad que la poesía logró en los tiempos anteriores.

Desde Tucídides hasta Amiano Marcelino encontramos anales, vidas y comentarios de mérito, pero todos sin conexión en el pensamiento, no dirigidos á representar tales como fueron una nacion, un siglo, un héroe, los desastres y las conquistas del género humano y de la libertad. De aquí resultó que Aristóteles pusiese la Historia un grado más abajo que la Poesía, como un arte que se contentaba con encontrar un hecho, verdadero ó falso, que le diese materia para desplegar todo el lujo de la retórica y del estilo. Herodoto dice que escribe *á fin de que no se pierda la memoria de las grandes y maravillosas hazañas*; Tucídides porque cree que *la guerra del Pelopon es más digna de recuerdo que todas las anteriores*; Tito Livio prescinde de las particularidades que cree no poder tratar esplendidamente, y se detiene donde encuentra lugar oportuno para una descripción ó para una arenga, y Justino elogia á Trogo Pompeyo porque proporcionó á los Latinos la comodidad de leer en su lengua las empresas de los Griegos. Verdad es que la narracion de Polibio, hombre juicioso y de experiencia, más atento á instruir á sus lectores que á presentarse ante ellos con buenas formas literarias, se halla salpicada de juiciosas observaciones, con cuya imitacion se esforzó Salustio en remontarse de los efectos á las causas: verdad es que Ciceron llamó á la Historia *la maestra de la vida*; y que Caton, Varron y Dionisio de Halicarnaso se dedicaron á investigar los orígenes, y trataron de descifrar las antigüedades; mas no por eso salieron del camino trillado, ni depusieron el egoismo de las sociedades de

su época, ni extendieron sus miras más allá de los hechos parciales, ni subordinaron la forma al pensamiento. Nada diré de Suetonio, incansable rebuscador de anécdotas; pero Plutarco mismo, ecléctico en erudición, en moral, en estilo, que hasta en su sencillez ofrece muestras de ser fruto de una sociedad decrepita, ¿nos dará por ventura á conocer completamente á Solon, Arato y Pompeyo? Tácito á quien la indignación daba ingenio para penetrar las acciones y sus causas, presenta en toda su desnudez los personajes y los hechos; pero en vano se le pregunta por las leyes, las costumbres, las artes, la religion, en suma, por lo que constituye el carácter de un pueblo. Sus nociones, exactas pero inconexas é incompletas no nos bastan para comprender el espíritu del gobierno imperial; fijos sus ojos tan solo en Roma, ignora enteramente las costumbres y hasta la geografía del Asia; deplora la desaparición de la república, sin ocurrírsele que ha sucumbido irreparablemente bajo sus propios golpes; ve aparecer una secta de Nazarenos, hombres libres de los vicios que á los demás echa en cara, pero la confunde con las sectas de los astrólogos y de los magos; narra las persecuciones que padecen, sin que trate de averiguar si son ó no justas y sin conocer que la religion de Numa perece y que el mundo ha llegado á la madurez necesaria para una regeneración. En una palabra, el arte era el ídolo perpetuo de estos escritores antiguos; y sus discursos, tan bellos como poco naturales, debían amenizar la narración y suplir para el historiador la falta de la ya muda tribuna. De aquí el que se abandonasen á la erudición los rasgos verdaderos de las costumbres, los pormenores más minuciosos é interesantes, y cuanto forma la parte más pintoresca de la Historia. Tito Livio ni aún hace mención de los tratados de comercio entre Roma y Cartago, y Tácito jamás se habría decidido á intercalar en sus narraciones la pintura de las costumbres germánicas.

Preparando el historiador un incentivo en vez de severas lecciones, no advierte el perfeccionamiento de la especie por medio de los padecimientos del individuo; sofoca el sentimiento de benevolencia universal para dar lugar al amor de la patria, y vitupera en el bárbaro lo que aplaude en el griego ó en el romano.

Al declinar la grandeza de Roma no aparecieron más que compiladores y abreviadores. Después, cuando los vicios interiores y las invasiones extranjeras derribaron el imperio, la Historia, en profundo silencio, como el que sucede en la naturaleza al estallido del rayo, no halló una voz para referir el mayor acontecimiento de la antigüedad.

Mientras los Bizantinos del Bajo Imperio se empeñaban en modelar según las formas antiguas, sentimientos y hechos nuevos; mientras que á fuerza de artificios obtenían por resultado hacerse inútiles y enfadosos, en Occidente la Historia, como todos los demás estudios, se refugiaba en los claustros: situación ciertamente oportuna para contemplar los hechos desde un punto de vista seguro y elevado, pero en la cual, atendida la universal ignorancia, apenas podía esperarse que sobresaliese un genio capaz de abarcar en conjunto aquel movimiento tan variado y de distinguir los pormenores accidentales de cuanto mereciese ser transmitido á la posteridad. Escribiendo los más para un monasterio y para sus hermanos de religion, se limitaban á hechos parcialísimos: hombres de buena fé, pero de ruda comprensión, refirieron lo que veían, pero lo vieron mal, y el estado general de la nación, las costumbres, los usos, eran cosas tan naturales para ellos que ni soñaron que valiesen la pena de ser recordadas.

La época en que la humanidad caminó con paso más resuelto, careció de historiadores; y la importancia del restablecimiento del imperio de Occidente, de las cruzadas, y de la creación de los municipios, ni aún fué comprendida por los más perspicaces. Las persecuciones, las herejías, los bárbaros no habían dejado tiempo al cristianismo para innovar los estudios, como innovaba el espíritu de la sociedad; por lo cual aquellos toscos escritores conservaron la forma pagana, la filosofía de Aristóteles y la veneración á los clásicos. De suerte que en medio de su rudeza, cuando alguna vez abandonaban la aridez de la crónica, era para retroceder al método antiguo, á la dignidad ficticia, á floridas arengas, á descripciones de batallas, á juicios modificados por los recuerdos de Roma y de Atenas.

Pero si la infancia de los idiomas nuevos, la decrepitud de los antiguos, la moral pre-

ocupada y la política estrecha eran para ellos otras tantas trabas, ¿cuán interesantes les hace aquella fidelidad clara y sencilla con que exponen sus opiniones y las de su tiempo! Importa, pues, estudiar en ellos al narrador más que la narración, y ver en los más antiguos el temor de una tempestad que cada vez se anuncia más amenazadora, el sentimiento irracional de la pérdida de lo pasado; luego, desde el año 1000, la complacencia con que saludan una nueva era; y últimamente, la credulidad desapiadada de los que refieren los hechos de las cruzadas «por la necesidad de recordar á los hombres lo mucho que padecieron los guerreros en su gloriosa conquista.» En Villehardouin, en Joinville, en Froissart, en Holiugshed, en Paris y en los cronistas españoles se encontrará el verdadero espíritu de las guerras santas y de la caballería, así como en Dino Compagni, en Jamsilla y en los Villani se encuentra la condición de nuestros municipios. A veces la importancia de los hechos los remonta casi instintivamente hasta lo sublime, y les hace despedir resplandores que ayudan á los talentos privilegiados á descubrir por medio de justas inducciones preciosas verdades, cuanto más que el sentimiento religioso que en ellos predomina, eleva á algunos sobre los intereses de un momento y de un país, y les da una medida más generosa para apreciar la justicia y los padecimientos. Así, en su sencilla ignorancia son mucho más vigorosos que los decrepitos trabajos escolásticos de los Bizantinos y las crónicas orientales, en que el hombre se muestra frívolo é incompleto, sin tener jamás un pensamiento que revele lo íntimo del corazón humano, ni las alteraciones sociales, ni las grandes razones del bien y del mal.

Así como la poesía y las bellas artes, que habían ya creado la *Divina comedia* y las catedrales, renunciaron á la sencillez, á las ideas y á las formas nacionales y cristianas para hacerse nuevamente griegas y latinas, del mismo modo la historia retrocedió hasta imitar á los antiguos. No hay más que examinar los primeros historiadores italianos y extranjeros, y se les verá contaminados por la imitación en la forma; al paso que la escasa crítica en la apreciación de las fuentes y el atender solamente á los hechos estrepitosos, no sospechando si-

quiera la existencia de la parte interna, verdaderamente instructiva, los ponen en un lugar más inferior respecto de la composición. Las vicisitudes del gobierno y del poder, que no se alteran solo con los cambios exteriores; las costumbres y las opiniones de las épocas en que han vivido los personajes; sus intenciones, la justicia ó la iniquidad de sus empresas, deducida, no de los juicios humanos, sino de principios eternos; los deseos, los temores, los padecimientos de esa muchedumbre que sin tomar parte alguna en los sucesos públicos sufre sus consecuencias; en suma, aquellos elementos en que únicamente puede apoyarse como en legítima base un juicio acertado y decisivo sobre los hechos, desaparecen del todo bajo la pluma de los escritores de la escuela clásica. El mismo Maquiavelo, que antes que nadie exforzó el ingenio para investigar las causas lejanas de los sucesos, creó una obra sin modelo, en la que con facilidad y profundidad esculpió su pensamiento en un estilo de desnuda energía, como la de los atletas; pero en el fondo es enteramente clásico. Lleno de entusiasmo por el triunfo, poseído de admiración hácia todo golpe de audacia política, Roma le parece grande, del mismo modo que á Polivio, porque conquistó tantos pueblos, y les quitó por fuerza ó por astucia riquezas, leyes, libertad é independencia. Este era el ejemplo que proponía á los tiranelos de Italia: exterminar con el acero ó envolver en una red de engaños á todo aquel que se resistiera, y sacrificar hecatombes humanas al ídolo de una grandeza cimentada tan solo en la fuerza. Este es el pensamiento político homicida del secretario florentino, tan extraño á las ideas modernas, que ha sido asunto de discusión entre los eruditos si habló de buena fe ó irónicamente; pero ya el buen sentido popular había pronunciado su fallo en tal materia, dando el nombre de su autor á esa miserable política que, proponiéndose un fin, no repara en los medios, sean justos o injustos, sagaces ó violentos; política de que se acusa á Italia como inventora por los mismos que la han hecho víctima de ella.

Maquiavelo, con satánico pensamiento, introduce la discusión en la historia, y tiende á reducir á teoría filosófica la serie de los hechos. En esto lo imitan el sutil Commines y Guichiar dini, el cual por su servil imitación de los an-

tiguos, su pesadez en las arengas, su palidez en las descripciones y la inmoral indiferencia de sus juicios, sobresale entre los escritores para quienes la historia era el arte de ejercitar la elocuencia, y de poner en relieve un personaje ó un suceso, dejando en la oscuridad á la muchedumbre que carece de nombre.

En vano buscaríamos en las crónicas y en los anales la armonía entre lo bueno, lo verdadero y lo bello. Las insignes obras de los padres de San Mauro, de los Bolandistas, de Duncange, de Baluzio, de Monfaucon, de Canciani, de Leibnitz, de Muratori, y las muchas que con laudable paciencia producen nuestros contemporáneos, son materiales que esperan y piden el soplo de vida de quien sepa infundírsela. En esta clase podemos comprender las historias por cuadros sinópticos, invención de nuestra época, como son las de Le Sage y de Longchamps; obras de gran trabajo para quien las emprende, provechosas para ser consultadas.

Los periódicos hacen hoy las veces de crónicas; pero las crónicas periodísticas son tan inexactas bajo la tiranía de la libertad, como lo eran las antiguas bajo la tiranía de los reyes; no irán las generaciones venideras á descubrir la verdad en los periódicos de estos tiempos.

Más apreciables crónicas de los tiempos modernos son las Memorias. La *Retirada de los diez mil*, los originales *Comentarios de César*, las *Anécdotas de Procopio*, no permiten decir que no fueron conocidas de los antiguos; pero ahora han adquirido extensión é importancia mucho mayores, especialmente entre los franceses, de quienes muy bien puede decirse que cuando escriben Memorias están en su elemento. En ellas todo es dramático, ya no hagan notar con Joinville, al hablar de las cruzadas, la mezcla de tosquedad septentrional, de sentimientos evangélicos y de ligereza francesa, que animaban á aquellos caballeros á conquistar coronas que no habían de ceñir sus frentes; ya nos cuenten, con el *Leal Servidor*, las hazañas de Bayardo sin miedo y sin tacha; ya se entretengan, como Froissart, en describir torneos y pasos de armas; ya, en fin, examinen con el cardenal de Richelieu las causas políticas de los sucesos. Abundan en errores, fanfar-

ronadas y hasta falsedades, pero no incurren en anacronismos de costumbres ni de carácter, y en ellas todo, hasta el lenguaje y el estilo, sirve para representarnos la época mejor aún, que las historias propiamente dichas. Benvenuto Cellini y las vidas de los literatos y artistas, conservan á retazos la verdadera historia de Italia, y presentan á la posteridad la fiel imagen del pueblo á que pertenecieron. Los recuerdos de Underwood, de Thurloe y de Pepys, son un suplemento necesario para las historias de Cromwell y de Carlos II. En las *Memorias del cardenal de Retz* se siente el rumor de la Fronda; Enrique IV se muestra al descubierto en las de su esposa, de la de Condé y en las *Economías reales* de Sully; si Voltaire no hizo del *Siglo de Luis XIV* más que un libro de partido, la Motteville y la Montpensier descorren el velo del palacio y de los gabinetes; Saint-Simon nos habla en tono mordaz de su conjunto y de sus pormenores, de sus grandezas y de sus miserias, y el palabrero Dangeau, la Maintenon y la Sevigné, reducen á sus proporciones naturales á ese Luis á quien sus contemporáneos tuvieron por superior á todos, hasta en la estatura; tan profundamente conocía el «oficio de rey.» A su vez la revolución francesa, la corte y los campamentos de Napoleón se revelarán mejor en tales confianzas parciales, que en las obras de los historiadores, que de propósito han querido caminar sobre insidiosas cenizas; porque en las Memorias es donde aparecen el pueblo, y las alegrías y pesares de la clase más descuidada, donde se manifiestan los arcanos del alma y de la inteligencia, donde se siente la actividad de esa vida que en la mayor parte de los historiadores se asemeja á los sacudimientos artificiales del galvanismo.

En el último siglo tomó la historia nueva dirección. La escuela filosófica no podía llamarse nueva; ya Maquiavelo había cultivado con criterio elevado aunque envano, y mucho antes el ilustre génio de San Agustín, padre de la filosofía de la historia. Fray Pablo Sarpi sacó partido de los hechos para atacar á Roma papal en favor de Venecia y de la monarquía: tentativa que no ensanchó los límites de la historia, si bien dió mayor extensión al folleto, pues se asemeja su relación á los alegatos que los abogados presentan en apoyo de sus clientes. El

cardenal Pallavicino, que descendió á rebatirlo, usó de las mismas armas, añadiendo á lo enojoso de esta circunstancia la ingrata tarea de la refutación, mal compensada con las gracias del estilo y el poder de la verdad.

La historia, llamada después á aunarse con las demás ciencias para destruir todo cuanto se había venerado hasta entonces, sustituyó á los hechos, eterno lenguaje de Dios, las opiniones, efímero lenguaje de los mortales. Grande por cierto era el proyecto de reunir ciencias, artes, moral y literatura para expresar la misma idea social, revelando así la unidad de las leyes del mundo y coordinándolo todo para el bienestar progresivo: más puesto caso que fueran sanas las intenciones de los enciclopedistas, hubo de extraviarlas el estado de la sociedad de aquel tiempo. Dos siglos pugnaban entre sí; y el clero, la monarquía, la nobleza, el pueblo, en vez de equilibrarse, se repelían recíprocamente y se hacían una guerra sorda que para los previsores era un presagio seguro de la proximidad de un combate á campo abierto. Descontentos, pues, de la sociedad presente, maldecían de sus elementos, sin reparar que los habían ofendido antes de declararse sus enemigos y considerándolos ya en su origen, no fuerzas morales, sino émulos importunos. De aquí el odio fanático á las costumbres é instituciones precedentes, odio que se daba á conocer ya en una argucia, ya en los abultados tomos de la *Enciclopedia*. Cuando la censura no dejaba de impugnar abiertamente á la nobleza, al clero, á los tronos existentes, se dirigían los tiros á los señores feudales esculpidos en piedra y á los pontífices santificados. Decíase que las cruzadas habían sido meramente efecto del fanatismo; San Luis, un hombre honrado, juguete de sus ilusiones; Carlo-Magno un clérigo armado, Gregorio VII é Inocencio III, dos intrigantes que confundían el reino de los cielos con el de la tierra; y aun se llegó á aplaudir el triple sacrilegio, religioso, moral y patriótico contra la doncella de Orleans, libertadora de Francia; sacrilegio cometido por el que celebraba el hoyuelo de la Pompadour, por el que pretendía el favor de la Crequy-Lesdiguières para erigir en marquesado su hacienda de Ferney, como «una gloria y una felicidad de su triste vida.»

Mucho auxiliaba á los filósofos en su guerra de burlas y sarcasmos, la importancia que por aquel tiempo tenía la teología, por medio de la cual se sacaban de los límites de la realidad las cuestiones puramente de hecho, á fuerza de abstracciones, de combinaciones y de trasposiciones, dándose á este juego de la fantasía el nombre de análisis. Cuando se trataba de hostilizar á la nobleza de entonces, superficial, abyecta y corrompida hasta los huesos, no se preguntaba cómo había cooperado en otros tiempos á las libertades y á la civilización del mayor número, interponiéndose entre los monarcas y el pueblo, sino que se decía: «Los hombres nacen iguales, luego toda desigualdad social es injusta.» Y se añadía: «La religión debe ser una estrecha relación entre Dios y el hombre; luego es libre é individual; luego están demás el culto, el sacerdocio y los otros accesorios de la impostura.» Y de este modo venía á presentarse al clero «como una reunión de fanáticos enemiga de toda clase de ilustración;» á la nobleza «como una turba de asesinos, titulados condes, marqueses y barones, y llevando siempre su halcón en la mano.» Sustituíanse á los hechos prácticos fórmulas abstractas de rebelión, de derecho hereditario, de conspiraciones sofocadas, de legitimidad, de golpes de Estado; queríase que las palabras libertad, esclavos, tuviesen la misma significación en Lóndres que en Persépolis, para los contemporáneos de Pericles que para los de Washington; no se veía en las invasiones de los lombardos, de los sajones, de los normandos más que un cambio de dinastías; una insurrección en la liga lombarda; una concesión régia en la Carta-Magna y en el establecimiento de los municipios; y así á fuerza de abstracciones se quitaba á la historia el auxilio de la investigación y de la experiencia, dejándola ignorante de lo pasado, engañada respecto de lo presente y estéril para lo venidero. La incredulidad arrogante que rechaza los hechos sin dignarse profundizarlos, y que es una disposición del ánimo aún más nociva que la estúpida credulidad, llegó hasta el punto de considerar los sucesos históricos como de utilidad solamente convencional, como uno de los temas más generales de conversación.

Si bien las pasiones recientes y amenazadas